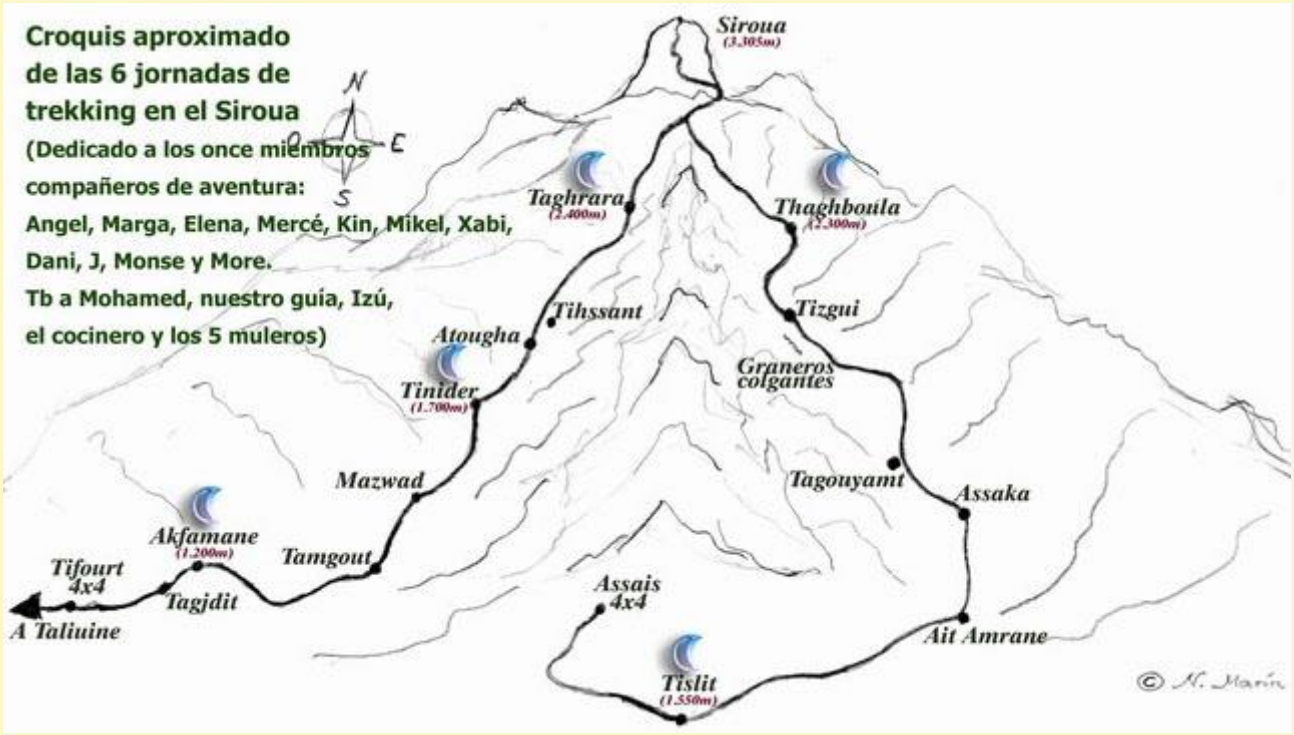
Trekking por el AntiAtlas. Macizo del Siroua (Marruecos)

Tramo	Fecha
Día 1º: Marrakech-Tislit (1550m)	4-4-04
Día 2º: Tislit (1550m)-Thaghboula (2300 m)	5-4-04
Día 3º: Thaghboula-Siroua (3305m)-Taghrara (2.400 m)	6-4-04
Día 4º: Taghrara (2.400 m)-Tninider (1700m)	7-4-04
Día 5º: Tninider (1700m)-Akhfamane (1.200 m)	8-4-04
Día 6º: Akhfamane (1.200 m)-Marrakech	9-4-04



Primer día

Salimos temprano desde Marrakech hacia tierra de bereberes entre la cordillera del Atlas y el desierto del Sahara, dispuestos a conocer los modos de vida y entornos naturales de estas gentes y de paso subir al Siroua, la cima más alta del macizo montañoso del Antialtas (3.305m). Dos 4x4 y un microbús repletos de mochilas y petates de 12 excursionistas de varios lugares de la península (6 catalanes, 4 vascos, 1 navarrica y 1 andaluz), que, dispuestos a todo, habíamos decidido usar las vacaciones de Semana Santa para hacer algo diferente que rompiera con la cotidianidad.

Vista del Atlas justo antes de iniciar la subida al Tizin Tichka

Atravesamos el Altas por Tizin Tichka, un puerto de montaña de parajes ariscos y árboles solitarios dispuestos ortogonales a las laderas y de formas aún más difíciles. Parece que también la zona es generosa para dar formas minerales que los locales aprovechan para sacar unos "cuartos" a los turistas. Nosotros, como turistas que éramos, también compramos preciosas geodas después del esforzado y necesario regateo que acompaña toda "buena compra" que se haga por estos parajes. Puro diálogo entre personas de culturas tan diferentes con el que, a la vez que media el precio, permite conocer un poco más al otro y lo hace más humano a pesar de la chilaba.

A unos 5 kilómetros antes de llegar a Tazenak nos desviamos a la derecha por una pista de tierra que nos deja cerca de Assais. A partir de aquí continuamos a pie durante algo más de una hora a fin de tomar el primer contacto con la zona antes de acampar. A pesar de su mimetismo, vimos las primeras "*douars*" (aldeas de montaña) que, realizadas con materiales del mismo lugar, se confundían fácilmente con el paisaje.

También vimos los primeros habitantes de la región que decidían ocultarse al ser enfocados por las cámaras de fotos. Más adelante encontramos unas niñas que arrancaban con hoces la maleza de la cebada. A ver que eran objeto de nuestras cámaras salían despavoridas, menos asustadas que juguetonas por evitar un enfoque fácil. Pasado el peligro de la foto continuaban su trabajo que, a pesar de su dureza, no parecía pesarles. Los niños, más ociosos, sí que tenían tiempo para seguirnos a la vez que pedían unas monedas.

Las peculiares construcciones en las "*douars*" y las vestimentas de sus gentes evidenciaban estar en territorios con modos de vida muy diferentes a los de nuestra tierra de origen. De algún modo también me proyectaban en el tiempo para hacerme recordar momentos de mi infancia cuando la vida era más austera y la tele, el colacao y el plástico aún no existían. Cuando se desayunaba sopas de pan, se calentaba la leche en infernillos de gas y se coloreaba con cebada tostada.

Bajando una colina divisamos la aldea de Tislit (1.550 m) donde habríamos de pasar la primera noche. Las gentes salieron a recibirnos. Algunos portaban alfombras que intentaban vender. En el centro del pueblo, casi derruido, el granero abandonado lucía con los últimos rayos del sol.

Un poco más lejos, girando a nuestra izquierda divisamos una estampa que nos dejó atravesados y quietos durante un buen tiempo. Al lado del río, por la zona donde éste sufría una angostura, un roquedal de ensueño jalonaba ambas orillas, dos jaimas blancas, cinco muleros con sus mulas y un cocinero esperaban nuestra llegada. Sin tiempo para recuperarnos, un momento mágico envolvió el lugar: a la vez que el sol se ocultaba por el oeste, impregnando de suave luz anaranjada las laderas más altas, una luna pletórica e hinchada de luz aparecía por las montañas del este. Poco a poco la tenue luz del lugar convirtió el agua remansada del río en espejo para así reflejar el mágico roquedal. Un embrujo moro atravesó el lugar.

Segundo día

Preparando el cambio de campamento

Tras el desayuno, iniciamos la marcha atravesando el angosto roquedal. Costó trabajo atravesar la zona pues la formas redondeadas de las áridas rocas eran acompañadas por hermosos ejemplares de palmeras, almendros e higueras. Un sol recién salido rompía con fuerza y hacía más brillante el lugar. Las posibilidades de fotos buenas se multiplicaban.

Ascendiendo plácidamente por encima del curso del río vimos una escena que nos dejó fuertemente impresionados: tres jovencitas del lugar se echaban a la espalda una carga de hierba que podría ser 4 veces el volumen de sus delgados cuerpos y lentamente comenzaban a subir una inclinada cuesta. Ya más cerca vimos que sus edades eran aún menor de lo nos hizo parecer sus esfuerzos. Aún más, parecía que la carga no les pesaba pues hablaban entre ellas como si el peso lo llevara otro, en el largo trayecto que anduvimos juntos en ningún momento descansaron y parecían más preocupadas por nuestra presencia que por su esfuerzo. Nos sorprendió comprobar que hasta el momento solo vimos trabajar a mujeres.

Tres jovencitas sobradamente cargadas suben por una empinada cuesta hasta llegar al pueblo que dista 1,5 km

A la salida del pueblo de Ait es Sine, a lo lejos, el grupo de niñas, que habían dejado ya sus cargas, se habían organizado espontáneamente para obsequiarnos con una preciosa cancioncilla bereber que poco a poco, en cada repetición, se iba perdiendo en la distancia. Aún sin saber qué quería decir, algunos de nosotros, al repetir silbando el soniquete, nos encogía agradablemente el corazón.

Más adelante, agachadas en el río y con un esfuerzo visible, dos mujeres lavaban la ropa. Al pasar por su lado se levantaron para ocultarse de las fotos, aunque, un poco a escondidas, pude captarlas cuando observaban el paso del resto del grupo.

Mujeres lavando en el río como hace muchos años se hacía en la España de la postguerra

Chiquita con una pesada carga

Dos bonitas manifestaciones de la primavera en el país de los bereberes

Atravesamos las aldeas del fértil valle del Azafrán, si bien esta planta no la pudimos ver dado que florece en otoño. Después atravesamos por las vegas de otros pueblos, Ait Diya, Ait Ma'rouf, Ait'Amrane, Assaka .. En esta aldea paramos a tomar un té.

En todos los lugares se repetía el mismo protocolo. Éramos recibidos por un tropel de niños que bulliciosos se revolvían entre el grupo de excursionistas pidiendo algo

de dinero. Más o menos, llegando a las afueras, como si existiera una línea mal definida que no se podía atravesar, las niñas eran las primeras en desaparecer mientras que los niños continuaban un trecho más a nuestro lado. Estos desistían al oler alguna frontera que marcaba el territorio ajeno. En ningún momento supe precisar los lugares donde unas y otros dejaban de acompañarnos. Al acercarnos a la siguiente aldea, salían sus habitantes más pequeños a recibirnos y vuelta a empezar. Los adultos del pueblo eran aún más reacios a ser fotografiados y solo los descuidos permitían sacar alguna que otra foto.

Tagouyamt fue el último pueblo del valle antes de iniciar una acusada subida por la ladera pedregosa y árida. Era sorprendente ver el fuerte contraste entre la fertilidad de su huerta instalada en el cuenco del valle y la tierra agreste que se extendía justo por encima de las casas más altas, por donde también se ubicaban rudas cercas de piedras circulares quizá para la trilla del cereal.

Tagouyamt, su medina, su vega y sus construcciones

Bonita flor en medio de un pedregal

Un descanso del grupo

Más arriba, un poco antes de llegar a la aldea de montaña de Tizgui, a la izquierda del camino pudimos contemplar los impresionantes graneros sujetos de forma inverosímil a la vertical de la pared rocosa. La tenaz construcción en un lugar tan inaccesible habla de la importancia que tenía para los lugareños preservar de los enemigos sus alimentos en otros tiempos donde las hostilidades entre tribus eran moneda de cambio usual.

Graneros construidos sobre la roca vertical

Los muleros subiendo con sus mulas

Tizgui

El protocolo de recibimiento también se cumplió en esta aldea, pero esta vez, los niños nos acompañaron hasta el lugar de acampada, Thaghboula (2.300 m), lo cual indicaba que era el último pueblo antes de entrar en terreno de alta montaña. El lugar era delicioso. Un espeso césped tapizaba la zona, por el centro, un riachuelo se abría paso entre las rocas y las jaimas ya estaban plantadas. La luz del atardecer alcanzó justo para plantar las tiendas.

Un riachuelo de montaña y el césped crecido en su cuenca contrastaba con las tierras secas circundantes

El lugar idílico de acampada del segundo día

Durante la cena, los muleros bereberes arrancaron arbustos secos para así

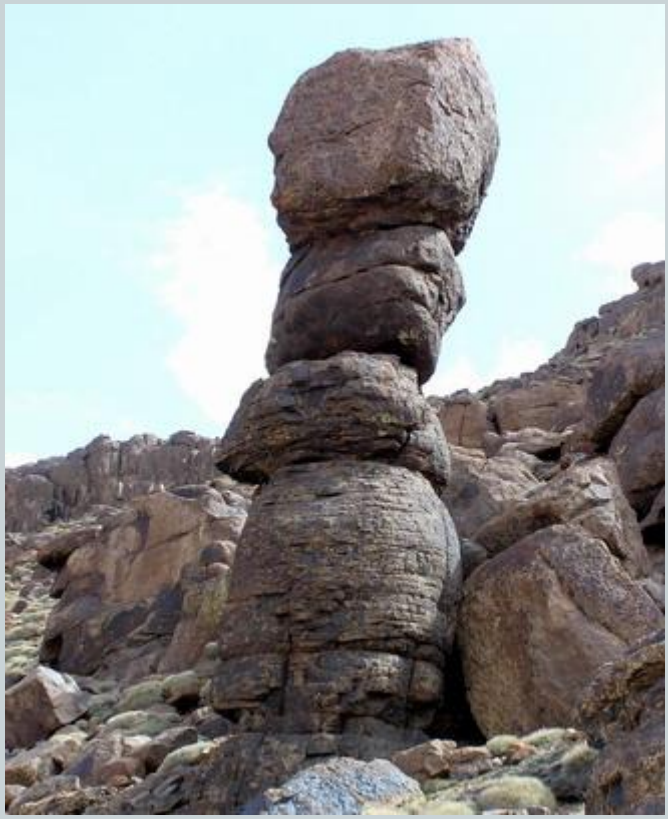
mantener un fuego alrededor del cual comenzaron a entonar sus canciones y a bailar a su ritmo. Una luna espléndida volvió a salir por el horizonte del este y, así, embrujados por el momento, nos fuimos incorporando a su fiesta. Respecto a la danza de éstos, cada cual la interpretaba a su manera, unos se esforzaban por imitar los mismos movimientos, otros hacían versiones más discotequeras y, los más tímidos, recortaban con pudor sus movimientos. De cuando en cuando, los muleros nos daban la iniciativa. Fue entonces cuando bordé un “María de la O” acompañado con pandereta bereber que no salío nada mal. Dani esbozó sin mucho éxito canciones del norte. Entre todo intentamos recordar otras canciones de la península con menor acierto aún. De nuevo, los muleros cogieron el mando de las panderetas, como intentando mostrar que sus ritmos simples y repetitivos, eran lo mejor para ese momento mágico. Un bidón de agua imitaba el grave sonido del tambor. Sin duda tenían razón, estábamos en territorio bereber y sólo sus canciones resonaban mejor en espacios tan especiales y remotos. La noche se nos hizo inolvidable

Tercer día

Todos sabíamos que sería el día más duro. Más de 7 horas de caminata por terreno pedregoso, subidas y bajadas pronunciadas, ascenso a la cima de Siroua. En el recorrido no encontraríamos aldeas, ni niños, ni mujeres lavando en el río, sólo roquedales, nieve y cada cual consigo mismo con las dudas sobre sus posibilidades. En los primeros tramos la subida era suave y el sendero estaba jalonado por formaciones rocosas sugerentes y, paralelo a la marcha, un río alimentado por el deshielo se esfuerza por crear verdor en la proximidad del surco que domina. El paisaje es frío, el suelo pedregoso y salteado por matorral de alta montaña. No obstante luce el sol y no parece que tengamos contratiempos importantes para hacer la subida.

Foto con truco ¿donde está?

Al rato, en un descanso, Mikel consulta su altímetro y decepcionados comprobamos que solo hemos ascendido unos 300 metros. El duro esfuerzo todavía está por llegar. Oteando las montañas de enfrente comprendemos donde se encuentra las mayores dificultades. En el fuerte ascenso el grupo se dispersa como indicando que ya no vale ir a “rebujo” y que corresponde a cada cual sacar sus mejores cualidades de montañero. El camino se pierde y sólo vale la dirección que marca nuestro guía, nuestro querido Mohamed que, experto en su tarea, sabe imponer al grupo un sabio ritmo lento pero constante. En broma solía decir “el guía que tenemos trivializa esta subida, es una subida con truco”. Javi, sabedor de sus limitaciones, procura ir siempre que puede tras él.



Mercé se ha levantado con algunas molestias estomacales y su subida se hace más penosa aún. More, la guía de Banoa, paciente, se queda con ella para animarla y si es necesario, ayudarla. A pesar de todo, ambas prosiguen la subida. El esfuerzo de Mercé, luchando en cada instante con su debilidad, es quizá el más admirable de todos.

Al cabo de un rato de duro esfuerzo llegamos a una planicie donde se puede divisar ese especie de montículo de rocas que es el Siroua (3.305m). Sencillamente, impone un poco la verticalidad de sus paredes. La subida la realizamos en dos tramos, el primero, con nieve, bordea un roquedal por la derecha hasta llegar a una planicie donde descansamos y dejamos las mochilas. El segundo es ya la pared vertical que lleva a la cima. Algunos deciden sabiamente no continuar. Los demás, colocados frente a sus miedos, subimos. A la mitad de la subida hay una cornisa sin apenas posibilidades de agarre para las manos que obliga a cada cual a sobreponerse al vértigo y a confiar en las capacidades que en otros momentos semejantes fueron sacadas a relucir. La pericia de Mohamed en este lugar se manifiesta inmensa dando apoyos precisos a quienes lo necesitan. Varias veces tuvo que recorrer la estrecha cornisa. Finalmente, felices por el logro, llegamos a la cima desde la que se puede divisar la cadena montañosa del Altas mirando hacia el norte y, hacia los lados este y oeste, las crestas del Antiatlas que acompañan al Siroua. Al sur, impreciso por la bruma, se extiende el desierto del Sahara. Tras un breve descanso, que aprovechamos para hacernos las fotos usuales con nuestras

mejores sonrisas, iniciamos el lento descenso.

Si el ascenso se hizo en dirección Noroeste, ahora el descenso debemos hacerlo en dirección Suroeste. “Prácticamente haremos una uve” solía decir More para explicarnos el recorrido. Las fuertes pendiente, sin apenas sendero, y un suelo pedregoso hacen penosa la bajada. Los rostros comienzan a reflejar el esfuerzo, se vuelven serias, distantes algunas, “de pocos amigos”. El tobillo de Javi comienza a darle problemas. En un alarde de imaginación decide meterlo en las aguas frías del río Wanrane. El remedio funciona eficazmente. Pasamos por una zona de verdes prados y construcciones rusticas en piedra para meter el ganado en estaciones del año más benignas. Se parecen mucho a las corralizas que en otro tiempo abundaban por la Sierra de Gador para meter las cabras y que ahora, en desuso, están en avanzado deterioro. Imagino la gran influencia de los moros en los 800 años que vivieron entre nosotros en Andalucía. Ángel, perspicaz, sugiere que también puede deberse a las necesidades semejantes que han tenido un pueblo y otro, buscando soluciones prácticas que han resultado ser semejantes. Conciliadores que somos por naturaleza, decidimos que ambas hipótesis pueden ser igualmente plausibles a falta de mejores datos. Proseguimos la bajada.

Poco a poco el firme del suelo se hace más llevadero, el pedregal da paso a una mullida capa terrosa que en poco tiempo nos lleva a divisar nuestro campamento donde ya los muleros habían plantado nuestras tiendas en una zona de corralizas denominada Taghrara (2.400 m). Un detalle que se agradece.

De nuevo, tras la cena, preparan una gran fogata con matorrales secos del lugar. Con menos inhibiciones que el día anterior nos adentramos en una juerga desenfrenada. Con más o menos éxito, intentamos imitar los cánticos bereberes, sus palmeos y sus movimientos mientras todo el grupo, en círculo frente a la hoguera, va girando lentamente. El momento se hace entrañable. Esta noche, debido a que el campamento esta encajonado entre montañas, a la luna le cuesta salir.

Cuarto día:

Siguiendo el curso del río Wanrane, al poco de salir del campamento divisamos nuevas corralizas para el ganado que me recordaban aquellas otras de mi tierra. Esta vez estaban situadas en medio de la ladera pedregosa y lejos del río que, encajonado por las fuertes pendientes circulaba unos 60m más abajo. Más de una docena de construcciones manifestaban la gran actividad que hubiera en otros tiempos dado que apenas vimos ganado y dado el estado deteriorado de los corrales. En sus laterales, cada uno de estos disponía de pequeños habitáculos de piedra, techados con tierra. Inverosímil, una tetera azúl desconchada y agujereada dormitaba varada entre las rocas. El notable retraso que llevaba respecto al grupo, me obligó a inhibir la tentación de comprobar si tenía duende, o imaginar sobre su historia y la de las manos que la sostuvieron. Quizá su panza sólo sirvió para preparar ingentes cantidades de té.

Un poco más adelante comenzamos a entrever signos de las cercanías de alguna aldea. Por fin, después de casi 24 horas rodeado de rocas, echaba en falta el encuentro con los alegres niños de la zona. A la derecha, las aguas de un afluente del río Wanrane caían en sucesivas cascadas desde más de 100m. Cerca del camino dos moros hablaban como si no existiera el tiempo, me llamó la atención, además de la indumentaria de por sí colorista, la parsimonia e intimidad de su diálogo. Nuestra presencia apenas inmutó su actitud.

A la derecha un pequeño y precioso poblado, Tihssant, había crecido al amparo del fértil río. A partir de las casitas, dispuesta en bancales y balates para aprovechar las fuertes vertientes, se extendía la verde vega. En las afueras del pueblo estaban dispuestas algunas eras para la trilla del cereal. El rincón evocaba fuertemente territorios lejanos de Alhama, mi pueblo almeriense. Todo parecía una replica salvo las eras que aquí tenían una sospechosa forma cuadrada que me hizo dudar de la identificación que hice de tales construcciones. En Andalucía todas las eras tienen una casi perfecta forma circular salvo las deterioradas por el tiempo, las más, que el continuo desplome del balate que las circunda les confiere una hermosa forma irregular sin dejar de evocar en la mente su matemática forma original.

El pequeño y bonito pueblo de Thssant

Su fértil vega mora

El valle del rio Wanrane

Poco más adelante el valle abandonaba su tenaz angostura para dar paso a una vega fértil que daba alimento a las aldeas apostadas a su vera. La bajada a la aldea de Atougha fue de impresión continua. A mano derecha un altivo granero con patio interior parecía darnos la bienvenida, a la izquierda, una multitud de casitas de adobe, casi de juguete, dispuestas en gracioso desorden escalonado, estaban instaladas en la inclinada ladera. Las construcciones hablaban claramente de otros modos de vida.

Pronto los niños salieron a nuestro encuentro y solo nos dejaron cuando salíamos del dominio de su aldea. Una mujer de rostro apesadumbrado salió al paso para

pedir una pastilla que le aliviara su dolor de cabeza. Gracias a More supimos de su petición. Cuando fui a darle una moneda intentó ocultarse, tuve que alargar exageradamente el brazo y poner una de mis mejores sonrisas para que entendiera que sólo pretendía dar. Frente al granero, Marga había entablado un alegre intercambio con una chiquita, momento en que aproveche para fotografiar una de las sonrisas más bonitas de viaje. Marga es un primor a la hora de relacionarse con las gentes del lugar.

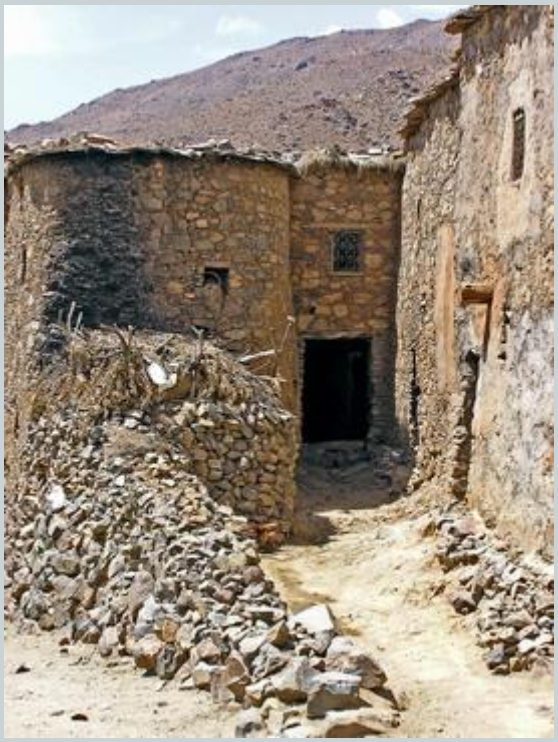
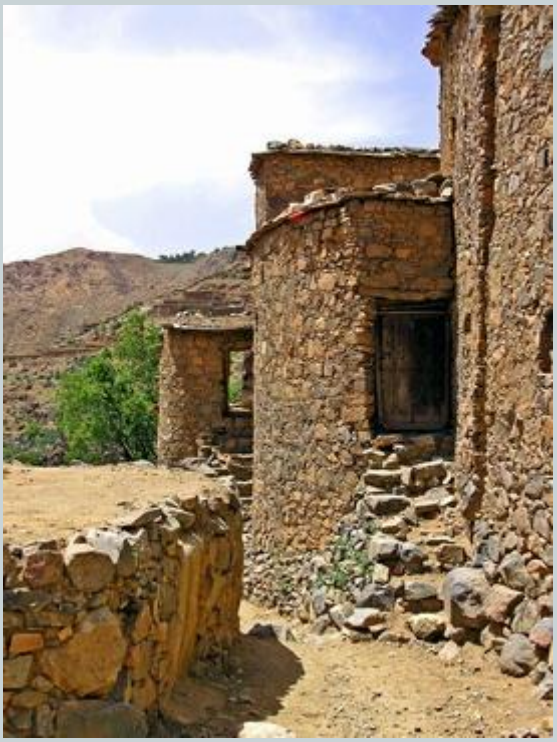
Después entramos al interior del granero que parecía custodiano por un anciano del lugar, cuyo grave semblante imponía respeto. Con nosotros entraron todos los niños. Llamaba la atención la multitud de puertecitas que de forma alocada se

disponían a lo largo y alto del patio. Rusticas escaleras de madera servían para ascender a cualquier lugar. La funcionalidad y pobreza de las puertas indicaban el carácter comunal e igualitario de la repartición de bienes en el lugar, lejos de sistemas de acumulación en manos de pocos tan usuales en lugares más civilizados. O no había cacique o este tenía su grano en otro lugar.

A la salida, como siempre ocurría, Kin y yo quedábamos rezagados del grupo. Y es que las peculiares construcciones ofrecían miles de rincones pintorescos qué bien valía fotografiar. Y bien valían volver de nuevo al lugar. En las afueras, por debajo

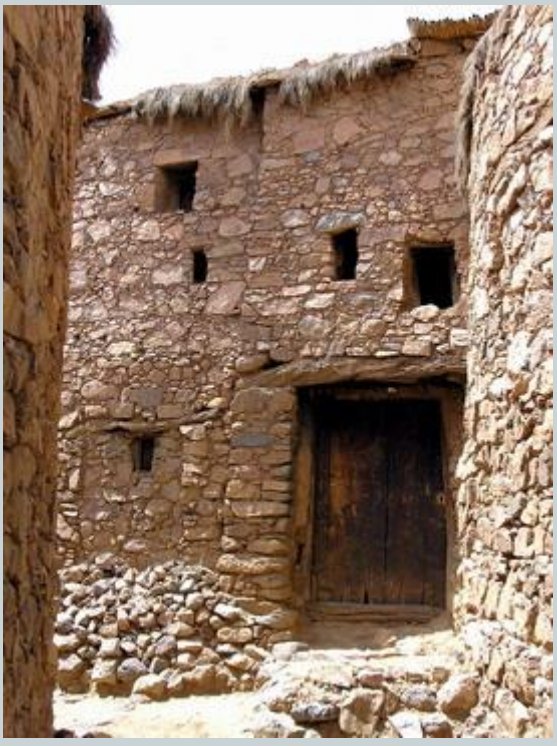
del nivel de casas, se extendía hacia el río una sucesión de bancales con un verdor de cebada salpicado en las mantornas de un matorral verde-amarillo que lo hacía muy pintoresco.

Algunas escenas y construcciones del pintoresco pueblo

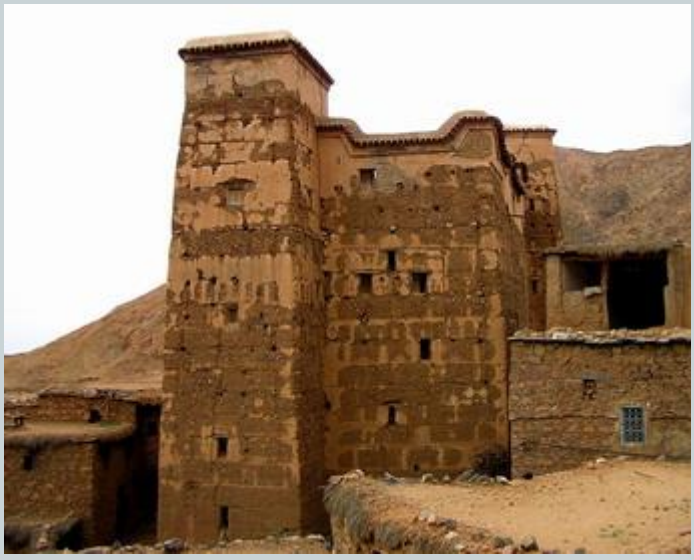



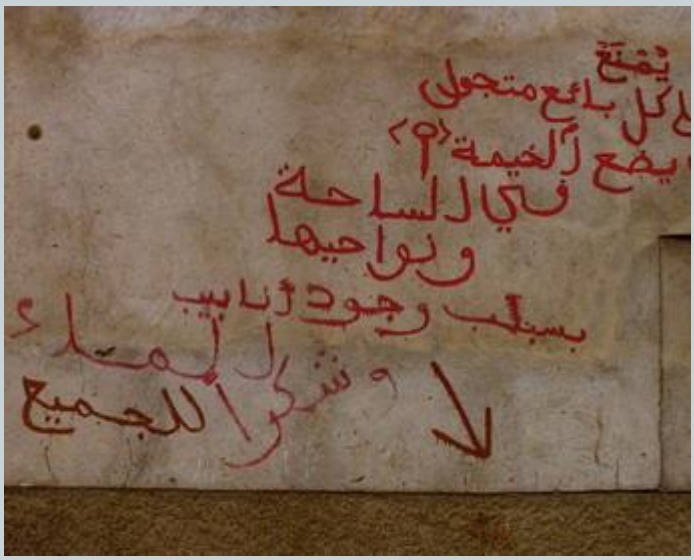
La deliciosa vega del pueblo

No habíamos asimilado aún las maravillas que nos ofrecía Atougha cuando nos acercábamos al siguiente pueblo, Tinider (1700m), nuestro lugar de acampada. De nuevo las casitas de adobe nos daban la bienvenida. Pero esta vez, entre ellas, como surgiendo con ímpetu, una magnífica kasbah bien conservada, junto a la mezquita, presidía el pueblo. Frente a la rusticidad del granero del anterior pueblo, la kasbah-granero de Tinider era señorial. Su contraste con la pobreza de las casitas del alrededor, con míseras calles de tierra y demás elementos naturales (rocas, matorrales, aguas ..) sin apenas domesticar, hablaban de un pueblo que pudo vivir con cierta riqueza en otros tiempo y, ahora, tenían una situación más humilde. Apenas me costaba evocar otros barrios marginales de los pueblos andaluces allá en los inicios de los años 60, con semejante apariencia. Como entonces, aquí los borricos iban de un lado para otro soportando las cargas que no querían sus dueños.



La Kasbah de Tinider





Pero lo que más me sumergió en el tramposo juego de la nostalgia fue cuando vi de

pronto a un niño guiando un aro improvisado. Corría como si la irregularidad del terreno pedregoso no existiera para él. El aro lo había confeccionado con un tubo empalmado y la guía era un palo insertado en un envase de agua sin base, deformada para llevar encajonado el tubo. Así de creativos éramos los niños antes de la TV. Con alambre acerado de parral improvisábamos el aro y con alambre dulce la guía. Aún me suena en la memoria el sonido metálico que provocaba el roce de ambos alambres.

Esa noche no hubo fiesta bereber. Algunos muleros tenías sus familias demasiado cerca y las normas sociales son muy rígidas entre estas gentes. En su lugar, estuvimos improvisando canciones con Mohamed de percursionista. La luna,

cercana al cambio de fase, salió por el este esplendorosa pero con cierta perdida de su esfericidad. Me sentía bien y no tenía sueño así que me fui por el barranco hasta el río. En chanclas y ocultada la luz lunar por frondosos almendros sin podar, entre una orografía tortuosa como la de los sueños y suelo irregular, ya tuve que tener ganas para terminar la aventura. Siempre me fue placentero cagar a la luz de la luna, pero esa noche, después del esfuerzo, entre trinares de pájaros nocturnos, agarrado a un palo rodado, solo con mis miedos y nostalgias y bajo la luz de una luna achaparrada, lo hice mejor que nunca.

Quinto día

Por la mañana, el canto de gallos, el rebuznar de burros, el cloar de ranas y el trinar de pájaros me levantaron la nostalgia hasta hacerse arrebatada. Eran demasiados evidentes los motivos para sustraerme a ellos. Comencé la caminata del día en ese tono y proseguí durante todo el día con el mismo, interpretando lo nuevo a través del filtro nostálgico. Y es que no faltaba la ocasión para que apareciera algo sorprendente que me llevara para atrás. Fue un día alucinante o al menos así me lo pareció. Era como añadir más y más estímulos a mis sentidos ya saturados.

Unas niñas jugaban a evitar ser fotografiadas mientras cantaban en el interior de una higuera. Paciente esperé con el dedo en el botón. Ahí está!

La niña de la higuera

Una escena del pueblo

Tinider con la luz del amanecer

Corraliza

Aguas que nunca llegarán al mar, más adelante las arenas del desierto las beberán

Nuevas corralizas. El río otra vez tomaba su tenaz angostura anterior y el camino debía transcurrir por cotas más altas. Poco a poco nos fuimos acercando a Mazwad. Nuevas gentes, nuevas casas de adobe y un albañil construyendo una. El camino continuaba por la vega. Las amapolas entre el trigal y las florecillas hasta en los lugares más secos hacían recordar que estábamos en la estación primaveral.

Un borrico ¡por poco se me pasa desapercibido!

Un un grupo de niños

Ventana

Albañil moro levantado pared de adobe

La primavera mora

Siemprevivas

De pronto ¡siemprevivas! Era sorprendente encontrar esas plantas, tan peculiares del parque natural de Cabo de Gata, en un sitio tan lejano.

El paso por el pueblo de Tamgout fue alucinante. Hasta entonces, el contacto entre nosotros y la gente de los pueblos se establecía desde la necesidad de ellos y la curiosidad de ambos. El protocolo nunca iba más allá de la satisfacción de nuestros objetivos y se mantenía rígido y tenaz en cada sitio por donde pasamos. En este pueblo todo saltó por lo aires. Creo que hubo pena por ambas partes en el momento del adiós (ver cara de algunos niños en la última foto dedicada a este pueblo).

Una bonita kasbah ya en franco deterioro nos recibió, después, las casitas de adobe. Pronto se fueron arremolinando los niños que parecían especialmente alegres y comunicativos. Su actitud contrastaba fuertemente con la de los pueblos dejados más arriba. Creo que fue entonces cuando apareció Victoria, una joven de no más de 15 años que apenas nos vió se dirigió resueltamente a entablar conversación con nosotros. Vi la escena desde lejos. Parece ser que a Mercé le dijo haber estado por corto tiempo en Madrid. Aproveché mi lejanía para fotografiarla. Cuando ella me miró, sentí que la cámara se llenaba de su presencia. A pesar de su juventud, hacía gala de una madurez y aplomo que me recordaba a Fermina Daza la heroína de Gabriel García Márquez en el Amor en los Tiempos del Colera que era “dueña de su índole”. Se dirigió a mí exigiéndome bravamente no se bien si las fotos realizadas o algo de dinero. Parece que fue lo segundo pues se aplacó su enfado apenas le dí una moneda.

Kasbah de Tamgout

Victoria

A las afueras del pueblo, en un rellano de la parte alta de la colina Mohamed hizo un descanso. Estaba tan entusiasmado con observando el ajetreo de los niños que

esa vez no tomé los frutos secos que ofrecía el guía. Mientras las niñas quedaron a una distancia prudencial, los niños se acomodaron en las rocas cercanas.

Intenté hacer algunas fotos a las niñas utilizando el fuerte zoom de mi cámara. Al darse cuenta de que las enfocaba, divertidas y jugetonas, comenzaron a bailar. Me pareció a mí que las de más edad, en un momento descarado de exhibición y deshibición, esbozaron insinuantes movimientos sensuales (ver fotos). Sin apenas darles oportunidad de ocultarse, enfoqué y disparé unas fotos a los niños, una vez que tenía bien reglados los parámetros de la cámara.

Mientras las niñas se mantenían a cierta distancia, y se entretienen con la jugesca y el baile, los niños desde las rocas más cercanas , más seriotes, nos observan

Entonces se me ocurrió hacer lo que otras veces me había permitido cierto

acercamiento a los niños: enseñarles las fotos. Me acerqué mostrándoles la pantalla de la cámara. Reacios al principios pero acercándose más y más después, fueron pasando todos por delante de las fotos. En esto que llegaron, curiosas, las niñas. Les enseñé aquellas donde ellas bailaban. Todos reían divertidos al ver las fotos. Por primera vez pude contemplar con satisfacción en una sola mirada niños y niñas juntos. Por primera vez sentí que las barreras caían. Por primera vez se dejaron fotografiar pidiéndolo ellos mismos. Eso sí, a condición de que justo después pudieran verse. Solicito, se las enseñaba, y así, poco a poco, sentíamos la grata sensación de cercanía.

A Xabi, quizá porque percibiera ese momento especial de comunicación, se le ocurrió hacernos una foto. Mi agradecimiento por este detalle llega más allá y no queda compensado con mi esfuerzo por compartir mis fotos y vivencias en la web. Sin tanta palabra, las fotos que hizo Xabi muestran la alegría del momento y siento que mis esfuerzos para describirlo con palabras se hace pesado y torpe.

Una foto que me hace feliz

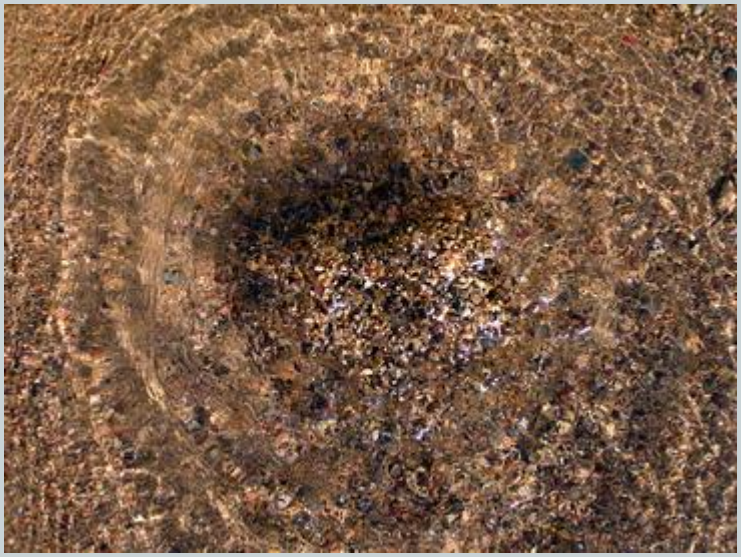
La despedida

Esta vez los niños nos acompañaron más allá de esa frontera imaginaria donde ellos suelen dejarnos para volver al pueblo. Tracé varias veces una línea imaginaria para que volvieran pero fue imposible. Tanta veces la atravesaron. Al final, con la ayuda de More que aprende árabe, conseguimos hacernos entender para que nos cantaran una canción como despedida. Un bonito sentimiento común nos atravesó al despedirnos.

En el texto que nos suministró Banoa, la agencia de viajes que promovió la aventuras, se leía “dejamos la aldea de Tin’ider y subimos hasta un pequeño collado para descender después al comienzo del Valle de Taliouine”. Demasiado breve para reflejar la vivencia. Tras la despedida de los niños y con un ánimo pletórico, jaleado por More, me dio por cantar coplas. Dani se incorporó después, y los tres fuimos quedando rezagados con culpa del cante. A pesar de que la “subida al pequeño collado” contenía una cuesta constante que quitaba el resuello, las coplas se sucedían una tras otra “Te he de querer mientras viva”, “Y sin embargo te quiero”, “María de la O”, “Falsa monea”, las más sentías. Dani y More, de actitudes vascas, disfrutaban con mi quejío andaluz. Aunque nuestros sentimientos prototípicos tienen objetos diferentes, ambos son igualmente intensos. Andaba borracho de sensaciones, sentimientos y, físicamente, por el esfuerzo de subir y al mismo tiempo cantar. En alguna ocasión Dani tuvo que echarme una mano para no

caer por la ladera. Pero poco o nada importaba ya, salvo vivir la magia del momento.

En cuanto a la “bajada al comienzo del Valle de Taliouine” se convirtió en un duro, constante y pedregoso descenso sin un mal sendero que nos aliviara la pena. “Igualico es el piso de la Sierra de Gador” le dije a Angel. Cada cual bajó como pudo. En una zona donde el barranco se hacía menos angosto nos esperaban los muleros con el almuerzo. Después de una breve siesta proseguimos rambla abajo hasta llegar a la aldea de Akhfamane (1.200 m). El tiempo comenzó a empeorar pero sólo fue para fastidiarnos el montaje de las tiendas. Cerca de allí surgía el agua del río de forma espontánea. No dejaba de ser sorprendente el fenómeno cuando antes habíamos andado un buen trecho por la rambla sin percibir un resquicio de humedad.



Por un lugar del seco cauce brotaba espontáneamente el agua

Cuando todo estuvo en su sitio y, en la medida de las circunstancias, aceptablemente aseados, nos fuimos a visitar el pueblo. Protocolo de recibimiento. Ya adentrada la tarde, las chicas de las tres “M”, Monse, Mercé y Marga establecieron una estupenda relación con los niños del pueblo, Les enseñaron divertidas canciones que se acompañaban de movimientos con las manos. Mientras

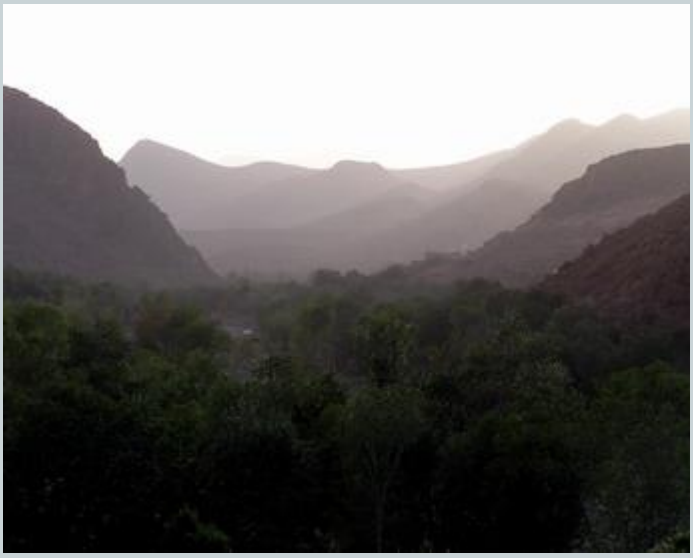
los niños participaban encantados, desde cierta lejanía parte del pueblo se arremolinó por el lugar. Las jóvenes observaban entre sorprendidas y divertidas el juego mantenido entre nuestras chicas y los niños del pueblo. Ellas nunca se hubieran atrevido a tanto. Creí ver un rubor en sus mejillas por una cercanía que consideraban prohibida.

Pití! pití! Igualico que antes

Angel y Marga con los niños

La carita más triste que ví

La rambla al paso por el pueblo



El valle de Teliuine al atardecer

Y yo que se!!

Los niños disfrutan con las canciones que les enseñaban Monse, Mercé y Marga

Después, descansando en la tienda, oí en la lejanía que los muleros iniciaban, como en otras ocasiones, sus cantos bereberes al ritmo de sus panderetas, pero esta vez con una novedad: el repetido estribillo era respondido también por los niños del pueblo que se fueron incorporando poco a poco hasta convertirse casi en griterio. Recuerdo que las canciones me sonaron más alegres que nunca. Salí disparado dispuesto a participar. Al llegar la escena era vibrante y conmovedora. Niños, muleros y parte de los nuestros habían hecho un gran corro que iba girando alrededor del fuego. Los mismos cánticos de días anteriores habían tomado nuevos matices, nuevos bríos y, quizá por nuestra colaboración, algo de más imprecisión. En efecto, aunque nuestros intentos por imitar eran veraces, sólo se quedaban en pobres tonadas de la canción original. Los niños se reían divertidos al escucharnos, incluso se turnaban en el corro para disfrutar más de cerca de los “errores” de los que más alto cantábamos. Entonces ellos nos cantaban acercándose a nuestros oídos para rectificarnos. Algunos ví por los suelos tronchándose de risa. Pero nada importaba más que vivir la alegría del momento en común y que el corro no parara de dar vueltas con la complicidad de unos y otros.

Sexto día:

Al día siguiente nos levantamos un poco tarde, en parte por la juerga del día anterior, en parte porque era el día de la despedida de los muleros y la vuelta a Marrakech y no teníamos las prisas de hacer una nueva ruta. Ese parecía ser el plan, pero de nuevo la mañana habría de deparar algunas sorpresas más.

Muleros recogiendo enseres

Todos

La despedida de los muleros y del cocinero fue muy emotiva. Después de 6 días de montar y desmontar campamentos y, sobre todo, de las 5 noches de juerga, existía cierto afecto entre todos.

Los niños se fueron acercando y gracias al “truco” de enseñarles las fotos que hacía, tomaron la iniciativa de posar para la cámara. Creíamos que los 4x4 vendrían a recogernos pero More nos anunció que estaba prevista una pequeña caminata más, hasta el cercano pueblo de Tifourt donde esperaban los vehículos. La nueva noticia la interpreté como mi última oportunidad de hacer fotos a aquellas gentes y sus modos de vida.

Los niños corrieron la voz de que enseñaba las fotos, así que venían otros pidiéndome hacerles foto. Era curioso, pero su tendencia era salir en la foto con su amigo del alma. Uno se empeño en que hiciera una foto a un grillo amarillo que había cogido para la ocasión. Ya en las afueras llegaron nuevos niños pidiendo fotos. Un poco cansado les pedí que se pusieran detrás de un borriquillo pero ellos hacían con gesto que era peligro acercase pues les podía tirar coces. Todo lo más se agarraron al largo ronzal a una distancia prudente del borrico. En la foto salieron partidos de risa y así continuaron cuando se vieron en la pantalla. Después vinieron las despedidas.

En el pueblo de al lado, Tagjdit, una bonita mujer no se quedaba quieta hasta que le di una moneda. Fue un momento emocionante cuando se vio en pantalla. Llevé los

dedos a mi boca y los extendí hacia fuera para indicarle que había quedado preciosa. Ella me lo agradeció con una mirada a lo hondo. Seguí haciendo fotos a cualquiera que no me diera el culo o que al menos quedara un segundo mirando antes de darse la vuelta. Una niña pequeñita apoyada en una esquina, una mujer cargada con un manojo de hierva, otra llevando un borrico, unas niñas susurrando cómplices con sonrisas azaradas … Todos, con esas sonrisas tan veraces que no cesaban, con aquellas vestimentas de colores alegres me envolvían en un mundo bereber tan fácil de idealizar y tan difícil de vivir.

Chiquita sorprendida sin saber que hacer

Mujer de bello rostro

Niñas susurrando cómplices (observar gestos)

Mora segando

Jóvenes descansando

Entre ambos pueblos vi a una mujer pegándole duro a la siega del trigo. Más

adelante, tres jóvenes cargadas con brazadas de hierba se sentaron para descansar y observar a mis compañeros que iban por delante. Después .. ya no hubo tiempo para más. Solo yo quedaba por subir a los vehículos que nos llevarían a Marrakech.

Cuando volvíamos, la cima del Siroua nos dio la oportunidad de despedirnos de ella desde la lejanía.

Un pueblo en medio de nada

La cima del Siroua

Los árboles de triste figura de Tizin Tichka

Entrada la tarde llegamos a Marrakech, allí disponíamos de dos días libres para conocerla. Pero esa ya es otra historia.